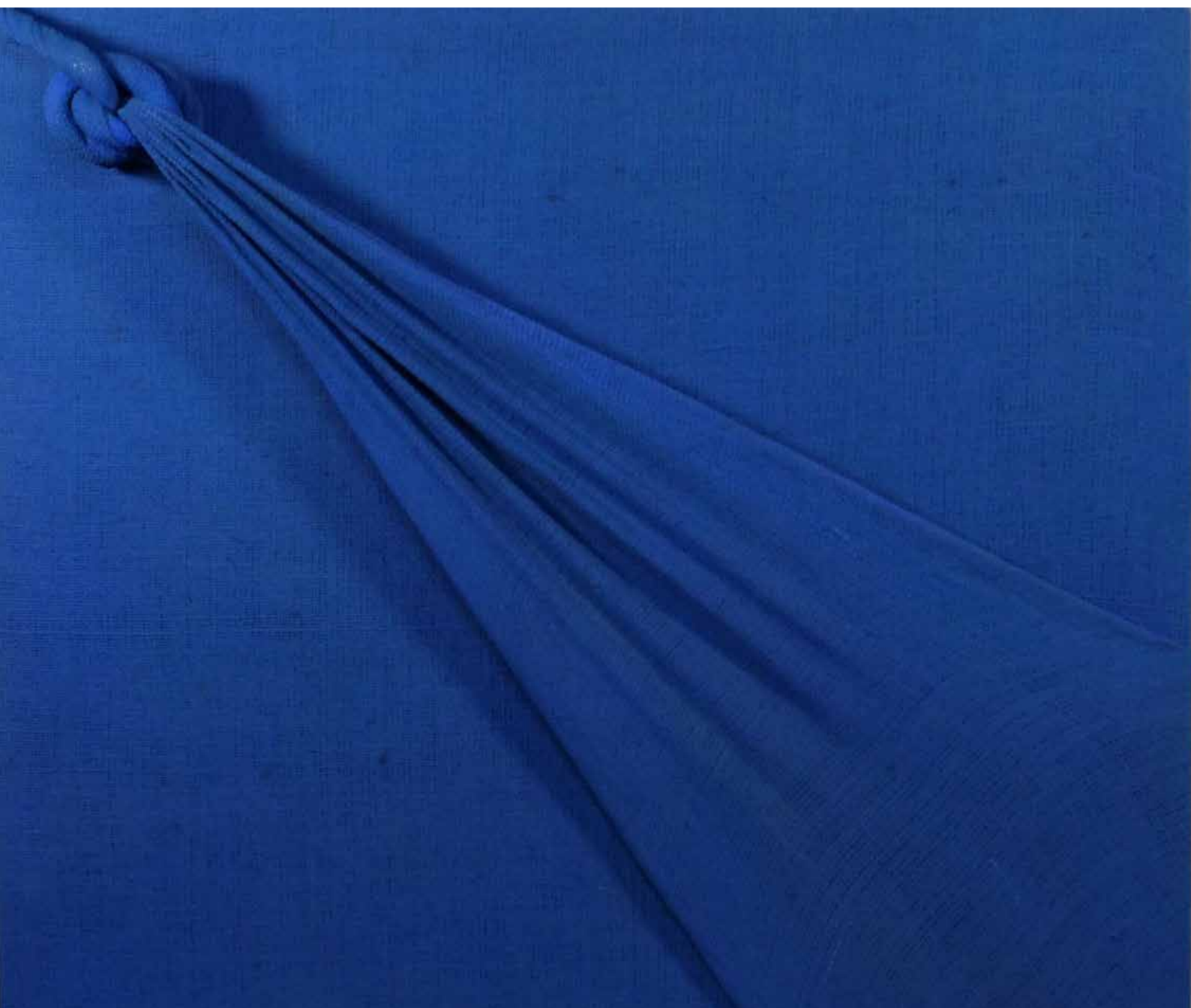


QUIPU VIRTUAL



BOLETÍN DE CULTURA PERUANA - MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES - N° 300 27/2/2026

TRESCIENTOS NUDOS DEL QUIPU



TRESCIENTOS NUDOS DEL QUIPU

El QUIPU VIRTUAL llega a su número trescientos. Desde el 5 de junio de 2020, cuando surgió en medio de la pandemia, no ha dejado de aparecer puntualmente cada viernes. A manera de celebración, publicamos un fragmente del estudio *La interpretación lingüística de los quipus* (Lima, Ernst & Young Perú, 2025) del lingüista y lexicógrafo José Antonio Salas García, egresado de la Pontificia Universidad Católica del Perú y actualmente profesor de la Universidad de Neuchâtel, en Suiza. A partir de sus investigaciones sobre la lengua mochica y de un cuidadoso manejo de fuentes históricas, el autor propone una revalorización del apasionante sistema de registro desarrollado en el Antiguo Perú, cuyo uso se proyectó incluso a los inicios del período republicano. «Aprendían -señalaba por cierto el padre Bernabé Cobo, a mediados del siglo XVII- con mucha diligencia esta manera de contar y poner las cosas en historia, porque no todos los indios tenían inteligencia de los quipos, sino solos aquellos que se aplicaban a ellos; y no solo los que no lo aprendían no los entendían, mas ni entre los mismos quipucamayos entendían los unos los registros y memoriales de los otros, sino cada uno los que él hacia y lo que los otros le declaraban».

NARRACIONES. A PARTIR DE NUMERALES

Una manera de narrar una historia con un empleo limitado de la mnemotecnia es observando los valores numéricos, que ya sabemos que poseen los quipus. Amén de lo dicho por Pedro Cieza de León (1554) sobre la abundancia de información en forma de cantos para lo bueno y la poca o nula memoria del inca vicioso o cobarde, es posible conocer la calidad de los incas exclusivamente por los datos numéricos. Parto de un texto de fray Martín de Murúa (1590), quien relata su sorpresa ante la información contenida en los quipus: «pero lo que a mí más me espanta es que por los mismos cordones y nudos contaban las sucesiones de los tiempos y cuánto reinó cada Inga, y si fue bueno o malo, si fue valiente o cobarde. Todo, en fin, lo que se podía sacar de los libros se sacaba de allí».

Sobre las sucesiones, ya se conoce cómo eran los calendarios y la medición del tiempo. Si toda la información no se almacenaba en un solo quipu, Cieza informa de la temporalidad en las cuentas: «de cuatro en cuatro meses fenecen sus cuentas». Si estos quipus se guardaban de manera cronológica, contándolos uno por uno se puede establecer el momento al que correspondieron en la línea del tiempo. Con saber que el quipu x era del inca x se podía calcular «cuánto reinó cada Inga». La tarea no era difícil porque la lista de gobernantes tampoco era muy larga. Llevar la contabilidad del tiempo es imprescindible para realizar una narración.

La bondad o maldad y la valentía o cobardía pueden reducirse a la información cuantitativa. Si en determinado período el quipu registraba almacenes llenos, el inca era bueno. Los dioses premiaban su bondad con altas tasas de producción agrícola. Amén del favor de la naturaleza, si el inca desarrolló infraestructura de riego, eso debió reflejarse en las cosechas. El gobernante sería premiado con opiniones generosas para la posteridad. Alta productividad y sensata capacidad administrativa equivaldrían a gran bondad del inca. Si los quipus mostraban números reducidos frente a otros períodos, el inca era malo. Una pobre producción por factores climáticos, por ejemplo, como un Fenómeno del Niño, podría achacarse a la maldad incaica.



Una narración en la que al personaje le asignan cualidades negativas, en razón del clima es la de Fempellec, último gobernante de Lambayeque descendiente de Ñaimlap, a quien se le califica como el «más desdichado de su generación» y se resalta su «poca continencia», habida cuenta que se desató un diluvio tras cometer un pecado sexual con el demonio disfrazado de mujer (Cabello Valboa, 1586):

comenzó a llover, cosa que jamás habían visto en estos llanos, y duró este diluvio treinta días, a los cuales sucedió un año de mucha esterilidad y hambre. Pues como a los sacerdotes de sus ídolos y demás principales les fuere notorio el grave delito cometido por su señor, entendieron ser pena correspondiente a su culpa la que su pueblo padecía, con hambres, pluvias y necesidades, y por tomar de él venganza (olvidados de la fidelidad de vasallos) lo prendieron, y atadas las manos y pies, lo echaron en el profundo del mar, y con él se acabó la línea y descendencia de los señores naturales del valle de Lambayeque...

Donnan (1989) interpreta que tales lluvias habrían acaecido alrededor del año 1100 d. C., como un Fenómeno del Niño de grandes proporciones. El relato habría sido contado a Cabello Valboa en la segunda mitad del siglo XVI. La poca dicha y la escasa continencia son atributos negativos que deben haber surgido por el «año de mucha esterilidad y hambre» y no por un conocimiento de la personalidad real de Fempellec. Si bien esta historia no es incaica, sí es posible extrapolar una calificación negativa -propia de la oralidad- sobre la base de que el «pueblo padecía, con hambres, pluvias y necesidades». Los datos sobre la producción son suficientes para atribuir características psicológicas a quienes detentan el poder.

Igualmente, si el quipu consignaba depósitos llenos, el inca era valiente por haber logrado tributos de otros pueblos, tras someterlos. Si los quipus se hubiesen guardado cerca de los productos que cuantificaban como en Incahuasi-Cañete, el intérprete no habría requerido usar su memoria para saber lo que se cuantificaba, de tal modo que el papel de la mnemotecnia sería nulo. Por el contrario, si los depósitos hubiesen estado vacíos en algún período, el gobernante incaico habría sido calificado como cobarde, porque no podía imponerse por sobre

las demás naciones. Como decía el cronista Antonio de la Calancha (1638), refiriéndose a los quipus: «Cada pueblo cabeza de provincia tenía su cifra». Se podía saber de dónde venían los tributos, de tal suerte que las nuevas conquistas quedaban establecidas numéricamente. Si esos números crecían, había valentía. Si decrecían, eso era sinónimo de cobardía. Incluso de la comparación de uno con otro inca era factible establecer quién era más valiente, sin tener que tildar de cobarde al que registraba números inferiores. Con los datos cuantitativos se puede realizar narraciones sobre el pasado y conferir cualidades no numéricas a los agentes de esas narraciones sin problemas, de manera tal que la distinción entre quipus cuantitativos y quipus históricos no tendría por qué ser tan tajante.

Diego Dávalos y Figueroa (1603) cuenta la historia sobre un indio viejo que fue divisado por él y un corregidor con un quipu grande, lo que sembró la duda del corregidor y al ver que no recibía respuestas a sus interrogantes se amenazó al anciano con azotes y la humillación de cortar el pelo; ante esto, el anciano declaró que poseía ese y otros quipus grandes para informar al inca tras su retorno de la ultratumba sobre lo sucedido en el valle durante su ausencia: «donde se incluían todos los españoles que por aquel real camino habían pasado, lo que habían pedido y comprado, todo lo que habían hecho así en bien como en mal». Los quipus sobre censos eran comunes. El dato sobre el número de españoles que pasaron por el camino (presumiblemente donde había un tambo) no ofrece ningún reto interpretativo. Es más, el cronista Cieza de León relata que se determinó que «todas las comarcas tuviesen en el camino real, por donde pasaban los nuestros, sus contadores y estos tuviesen proveimiento lo más amplio que ellos pudiesen [...] y así eran proveídos; y después de salidos, juntos los señores, iban los quipos de las cuentas y, por ellos, si uno había gastado más que otro». Con una partida doble (Radicati, 1979) puede establecerse la equivalencia entre lo pedido y lo pagado. Los españoles practicarían el bien en la medida que pagasen por lo que pedían. Hubieran caído en el mal en caso de no pagar lo que requerían. Al igual que en el ejemplo de Martín de Murúa, se puede asignar bondad o maldad (conceptos no numéricos), si la cuenta doble coincidía o no.

En la descripción de un corregimiento en la provincia de Purguayes se dice: «Cuentan por nudos, que llaman quipos y hechos en hilos que llaman guascas, y se entienden como por libros de caja» (Anónimo, ¿1605?). Los libros de caja son un formato de registro contable de partida doble para gestionar una tesorería. Eso nos da la certeza del uso cuantitativo del quipu en cuestión. En la misma relación, empero, se anota: «Cuentan y hacen memoria de las cosas pasadas por guascas y nudos. Saben leer y escribir, tañer y danzar». Tal quipu era, ciertamente, cuantitativo y a partir de dichos datos se hacía «memoria de las cosas pasadas». Los datos numéricos no son un óbice para narrar el pasado, sino su fuente generadora de narraciones.

En paralelo con los quipus, los maíces también se empleaban en el recuerdo de la historia. Hernández Príncipe (1621) apunta que «recorriendo las antiguallas por número de maíces que ellos [los indios] creen entender y caminando desde su origen hasta venir a dar en los que viven en esta era». Nótese que el recuerdo de las «antiguallas»



Quipu inca, 1400-1532. Ethnologisches Museum, Berlín. Foto. Claudia Obrocki

se basa en el «número de maíces». Los datos numéricos permiten las narraciones. Hacia 1621, Francisco Ramos Gavilán cuestiona la capacidad de almacenar información verbal en los quipus, aun cuando haya evidencia empírica de la continuidad cuantitativa del quipu incluso hasta la época republicana. Los intérpretes tenían dificultades en entender los quipus, según Ramos Gavilán, pudiendo ser un indicio del declive en el manejo de estos instrumentos de cuerdas y nudos:

La falta que los indios han tenido de letras y caracteres ha hecho lastimoso estrago en los acaecimientos de su antigüedad, que si bien es así usaban de unos hilos o cordeles de varios colores (que ellos nombran quipus), donde con cierto número de nudos que hacían, dejaban algunas noticias de sus hechos, con todo era tan dificultoso de dar a entender el orden de sus cuentas, que los más diestros, muchas veces, se dan por vencidos por la dificultad.

El declive en el manejo de los quipus fue progresivo. En el siglo XVIII, el viajero francés Amédée-François Frézier (1716) consigna que el aprendizaje se daba cuando el intérprete conocedor de los quipus estaba viejo y sus lecciones ya no tenían utilidad plena para la siguiente generación:

El conocimiento de estos nudos, que llaman Quipos, es una ciencia y un secreto que los padres solo revelan a sus hijos cuando se creen en el final de sus días; y como sucede muy a menudo que por falta de inteligencia no comprenden el misterio, esta clase de nudos llegan a ser objeto de error y de poca utilidad para ellos.

Si damos crédito a Rivero & Tschudi (1851), a mediados del s. XIX, aún había gente capaz de interpretar bien los quipus: «Nos consta que hay todavía en las provincias meridionales del Perú algunos indios que saben bien descifrar estos títulos entrelazados; mas guardan su ciencia como un sagrado secreto heredado de sus abuelos».

En 1988, el Concytec auspició un seminario sobre quipus y quipucamayocs. El invitado estrella era el señor Nieves Yucra Huatta, a la sazón de 85 años, quien originario de la isla de Taquile-Puno aún utilizaba los quipus y estaba dispuesto a compartir lo que sabía. Mackey (1990) refiere cómo el señor Yucra planeó narrar su vivencia con datos numéricos: «Durante las sesiones de la conferencia, Yucra registró en los flecos de su chalina algunos nudos que significaban los días que estuvo en Lima, el número de los participantes en la conferencia, la fecha en que partió de Puno, etc., para luego, a su regreso, poder contarle a su esposa los detalles de su viaje». La práctica de Yucra muestra la continuidad entre los quipus precolombinos y los republicanos. Como vemos, es perfectamente posible narrar una historia con base en los datos cuantitativos del quipu.

En la portada: Jorge Eduardo Eielson. *Quipu*, 1972
<https://cutt.ly/ktWpUqhY>



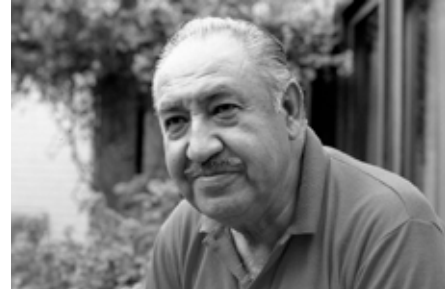
HERACLIO BONILLA Y LA HISTORIA DEL PERÚ

El reciente fallecimiento del historiador Heraclio Bonilla Mayta (Lima, 1942) en la ciudad de Bogotá, donde residía desde fines de la década de 1990, invita a evocar su trayectoria como investigador de la historia nacional. Bonilla estudió en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en la que obtuvo el grado de bachiller en Historia con la tesis *Las comunidades campesinas tradicionales del valle de Chancay* (1964). Poco después viajó a Francia, donde, en 1970, se doctoró en Historia Económica por la Universidad de París, llamada luego *Université Paris 1 Panthéon-Sorbonne*, con la tesis *Aspects de l'Histoire Economique et Sociale du Pérou, 1821-1969*.

A inicios de esa década, cuando se llevaban a cabo una serie de estudios y compilaciones por el Sesquicentenario de la Independencia, Bonilla participó junto a la historiadora estadounidense Karen Spalding en el volumen *La Independencia en el Perú* (1972) con el polémico ensayo «La Independencia en el Perú: las palabras y los hechos». En ese texto, ambos ponían el acento en la participación decisiva de los ejércitos foráneos comandados por los libertadores José de San Martín y, a continuación, Simón, Bolívar, en la «concesión» del cambio de régimen, ante la supuesta apatía local, planteamiento atemperado más tarde por los aportes de otros historiadores sobre la activa participación de distintos grupos del país en el proceso emancipador desde a fines del s. XVIII, aunque sin desconocer el peso del dominio hispano en el que fue su centro político, económico y cultural de mayor gravitación en América del Sur.

Bonilla se doctoró en Antropología por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en la que fue también profesor desde 1970 hasta mediados de los años 90. Enseñó historia económica en la Pontificia Universidad Católica del Perú, fue investigador del Instituto de Estudios Peruanos, profesor de la Universidad de San Diego, en Estados Unidos, director del área de Historia en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso) del Ecuador y catedrático en la Universidad Nacional de Colombia, además de profesor visitante en numerosas instituciones académicas. Figuró como investigador asociado al *Woodrow Wilson Center* de Washington, entre 1974 y 1975, y al *Institute for Advanced Study* en Princeton, en 1997. Obtuvo, además, la beca del *Social Science Research Council*, en 1976 y 1988), y fue nombrado *fellows* de la *John Simon Guggenheim Foundation*, en 1985. Entre su numerosa bibliografía destacan los libros *Guano y burguesía en el Perú* (1974), *El minero de los Andes* (1974), los cinco volúmenes *Gran Bretaña y el Perú, 1826-1919: informes de los cónsules británicos* (1975-1977), *El futuro del pasado. Las coordenadas de la configuración de los Andes* (2005), *La trayectoria del desencanto. El Perú en la segunda mitad del siglo XX* (2009), *La cuestión agraria en España y en América Latina* (2009), *Etnia, color y clase en los procesos de independencia de los países andinos* (2010) y *Consecuencias económicas de la Independencia* (2012).

AGENDA



CENTENARIO DE MARIO CAVAGNARO

El pasado 21 de febrero, un grupo de cantantes y músicos criollos rindió homenaje en el Gran Teatro Nacional de nuestra capital a la memoria del compositor Mario Cavagnaro Llerena (Arequipa, 1926-Lima, 1998), al recordarse el centenario de su nacimiento. De ascendencia genovesa y mistiana, Cavagnaro Llerena migró en la infancia con su familia a Lima, donde cursó estudios en el Colegio Salesiano y la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en la que se graduó como ingeniero químico. En el colegio aprendió a tocar el clarinete y el saxofón, instrumentos que marcaron su afición musical. Fue, sin embargo, durante sus estudios universitarios cuando empezó a componer sus primeras canciones en diversos géneros, aunque sería en el vals criollo donde alcanzó sus mayores éxitos. El compositor tuvo entonces la audacia de incluir en algunas de sus letras la replana o argot limeño, del que hacía gala el nuevo periodismo de la época. El éxito en composiciones como «Ya la quería patita» fue inmediato y le ganó popularidad. Cavagnaro, que resultó también un reconocido intérprete, tuvo una intensa actividad en los predios del criollismo y destacó como directivo de la Asociación Peruana de Autores y Compositores. Entre sus valeses más conocidos figuran «Carretas, aquí es el tono», «El rosario de mi madre» y «El regreso», nostálgica evocación de su ciudad natal.

<https://www.shazam.com/song/1615687865/el-regreso>



MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES



CENTRO CULTURAL
INCA GARCILASO
Ministerio de Relaciones Exteriores
del Perú

Jr. Ucayali 391, Lima 1, Perú
quipuvirtual@rree.gob.pe

www.ccincagarcilaso.gob.pe